

## EL DESAFÍO DE MIRAR AL FUTURO

Patricio Aylwin Azócar<sup>1</sup>

Creo que Chile es hoy un país reconciliado. Las confrontaciones que hubo en el pasado tenían causas que se han ido superando. Se explicaron en un principio por las grandes diferencias entre ricos y pobres y las divisiones ideológicas que se fueron produciendo en las respuestas que los distintos sectores fueron planteando frente a esa realidad. Ello se tradujo en una polarización del país que ya se expresó en el gobierno de Eduardo Frei Montalva pero que se agudizó en el gobierno de Salvador Allende y culminó en la dictadura militar. En el correr de los gobiernos post-dictadura los acontecimientos han superado los conflictos que entonces teníamos. Si me preguntan si Chile es hoy un país dividido o un país unido, no tendría duda en afirmar que es un país unido y no dividido. Lo cual no significa que no haya diferencias ni conflictos.

El problema social, la desigualdad y la distancia entre los pobres y los ricos estuvo en la base de la división entre los chilenos. Derivó en un conflicto político e ideológico que terminó en un enfrentamiento. El gobierno de Frei Montalva llevó a cabo un proceso de transformaciones graduales que encontraron resistencias de lado y lado. Para unos era mucho, para otros era poco. La reforma agraria fue especialmente conflictiva. Por su parte, el gobierno de Salvador Allende planteó el problema desde una ruptura con el sistema capitalista –propio del contexto de la guerra fría– y provocó, como consecuencia, una fuerte división entre los chilenos. Allende no tenía la mayoría política necesaria para intentar convertir a Chile en un país socialista; vino la reacción no sólo de la derecha, y terminamos con un gobierno militar de derecha. El orden que impuso la dictadura agudizó la confrontación. No se superó el problema,

---

1 Presidente de Chile entre los años 1990-1994. Abogado. Fue Senador entre 1965 y 1973 por la Circunscripción de Talca, Linares, Curicó y Maule. Ha sido condecorado como Doctor Honoris Causa en diversas universidades de Chile, Colombia, Japón, Estados Unidos, Francia e Italia.

sino al contrario: se dividió más al país. Si el gobierno de Salvador Allende entregó, cuando lo derrocaron, un país bastante dividido, el gobierno de Pinochet llevó la división al extremo.

Era una división muy odiosa. Por una parte, la utilización del problema social como motivo para romper la unidad entre los chilenos: los pobres contra los ricos, la lucha de clases en buenas cuentas. Eso, de alguna manera, fue lo que se exaltó durante el gobierno de Salvador Allende. Después vino el gobierno de Pinochet, que dividió a los chilenos entre amigos y enemigos y que llevó a cabo una política de violación a los derechos humanos. El gobierno de Salvador Allende apareció como un gobierno que iba a destruir la democracia, pero el que lo sucedió destruyó aun más la convivencia que la hace posible. No creo que en la historia de Chile, después de la guerra civil del '91, haya habido una situación de tanta división entre los chilenos como en esa etapa.

La violencia en un país dividido es esperable, y la verdad es que en Chile los distintos sectores, especialmente los extremos de la derecha y de la izquierda, fueron abandonando la fe en la democracia y estuvieron dispuestos a romper sus reglas, imponer su visión y sus aspiraciones. Por uno y otro lado. Sin embargo creo que esos procesos se encontraron con un país que, más allá de lo que pasó, pudo reencontrarse con su histórica tradición democrática y recuperarse de las grandes tensiones que dividían al país. Esa recuperación avanzó por los cauces de la democracia.

Creo que felizmente logramos, en el curso de la transición democrática, superar la profunda división que existía todavía cuando asumí el primer gobierno después de la dictadura. Habíamos conseguido ya el reencuentro entre los demócratas de distintas posiciones, que nos pusimos de acuerdo en un camino para derrotar la dictadura, a través de la formación gradual de la Concertación. Con ello reconstruimos confianzas que habían quedado quebradas con la crisis política que habíamos vivido.

Luego, el objetivo principal de mi gobierno fue la reconciliación entre los chilenos. En mi primer mensaje luego de asumir la presidencia, frente al Congreso Nacional, establecí las bases de lo que sería una tarea primordial. El retorno a la democracia y la articulación de los consensos y disensos fueron prioritarios. Para eso definimos como tareas primordiales las siguientes: primero,

“Esclarecer la verdad y hacer justicia en materia de DD.HH como exigencia moral ineludible para la reconciliación nacional”; segundo, “Democratizar las instituciones”; tercero “Promover la justicia social corrigiendo las graves desigualdades e insuficiencias que afligen a grandes sectores de chilenos”; cuarto, “Impulsar el crecimiento económico, desarrollo y modernización del país”; y quinto, “Reinsertar a Chile en el lugar que históricamente se había ganado en la comunidad internacional”. Ese fue mi primer mensaje, donde fui desarrollando cada uno de esos desafíos que teníamos por delante, y que decidimos enfrentarlos desde distintas políticas laborales, de salud, de vivienda, de educación y de la pobreza, todas ellas dentro del camino del desarrollo.

Es difícil preguntarse si hoy estamos más prevenidos para afrontar problemas como los que se vivieron hace cuarenta años. Vivimos un proceso donde se tuvo que reconstruir la confianza entre los chilenos y con las instituciones. Lamentablemente las cosas se olvidan. La mayoría de la gente de las nuevas generaciones no sabe bien lo que pasó a raíz del gobierno de Salvador Allende y luego del gobierno de Pinochet, ni las dificultades de la transición. Sin ninguna pretensión personal, creo que mi gobierno fue, en ese sentido, la entrada o el inicio de un cambio para volver a una verdadera democracia en Chile. Los que no vivieron el proceso lo pueden juzgar muy teóricamente. Lo cierto es que fue un proceso gradual y delicado, con Pinochet de Comandante en Jefe, siendo una figura muy presente todavía en la vida pública del país. Él había estado en el poder diecisiete años y logramos hacer una transición sin violencia; en cierto modo, pactada. A pesar de sus intentonas, pudimos tener una buena convivencia. Él hacía sus “diabluritas”, y a veces también yo se las correspondía. Sin duda hubo una transacción, pero fue una transacción en el modo, no en las tareas. Nosotros democratizamos a Chile: la democracia volvió de manera efectiva. Pero el modo de hacerlo fue gradual y cuidadoso. Podríamos nosotros haber pretendido que Pinochet se fuera inmediatamente, pero lo tuvimos de Comandante en Jefe. La Constitución establecía eso. El paso de la dictadura a la democracia, diría yo, mirándolo a la distancia, fue un paso civilizado. Esa sería la palabra adecuada.

Ese paso civilizado permitió que la ciudadanía volviera a confiar en sus instituciones, dejara el odio, la venganza y la violencia de lado. En ese proceso

fue muy importante abordar el problema de las violaciones a los derechos humanos ocurridas durante la dictadura. El país no habría entendido si no hubiésemos planteado la necesidad de esclarecer lo sucedido en el pasado. Y ahí vino el Informe Rettig. El Informe llamado de Verdad y Reconciliación da cuenta no solo del significado del quiebre de la democracia, sino también de la recuperación de la democracia. Es mucho más que la documentación de víctimas de la dictadura. Es cierto que yo hablé de buscar la verdad y hacer justicia en la medida de lo posible, y me han criticado mucho por ello. Pero la verdades que por ese camino ha habido más justicia en este país que en muchos otros que sufrieron dictaduras similares. La justicia ha tardado, pero ha llegado. En mi gobierno pude pedir perdón en nombre del Estado chileno a los familiares de las víctimas de violaciones a los derechos humanos y reivindicar su honra. Varios años después, el General Juan Emilio Cheyre, como Comandante en Jefe, hizo lo mismo en nombre del Ejército. Son actos simbólicos que ayudan a reparar algo que no tendrá nunca una reparación completa.

Entiendo que hoy es difícil para los que no lo vivieron ver la transición como un proceso y no como una claudicación, como se caricaturiza por algunos. Creo que en gran parte lo que hicimos fue impulsar un proceso de reencuentro, de construcción de un país para todos. Nosotros planteamos, al inicio del gobierno, la necesidad de hacer un juicio sobre el pasado. Y eso fue la comisión que encabezó Raúl Rettig, que fue un análisis objetivo, no meramente reivindicativo, sino que bastante honesto, objetivo, formado por una comisión para la cual me costó mucho conseguir a los que aceptaron formar parte de ella, especialmente en la derecha. A Francisco Bulnes lo fui a ver a su casa, le dije: “Tú no puedes restarte para esto”. Habíamos sido senadores juntos, teníamos una buena amistad y aunque teníamos posiciones distintas (yo era demócratacristiano y él era el líder del mundo conservador) teníamos una común formación jurídica. Los dos éramos abogados y teníamos ciertas afinidades. Pero no aceptó. Finalmente integró la Comisión Juan de Dios Vial, el historiador, que había sido ministro de Pinochet. Fue valiosa su participación. Tampoco sabíamos cómo iba a ser la reacción de las Fuerzas Armadas. De hecho hacían ver su molestia y nosotros asumíamos riesgos, pero sabíamos que contábamos con el apoyo de los chilenos que querían volver a vivir en paz y sin miedo.

Es necesario decir que la transición contó con un ambiente favorable de la oposición y hubo líderes que se jugaron para construir los consensos necesarios para restablecer una convivencia civilizada y superar las heridas del pasado. Entre ellos Sergio Onofre Jarpa, quien fue senador y quien, en la práctica, era el peso pesado de su sector. Andrés Allamand también ayudó, pero la verdad es que para lograr acuerdos había que entenderse con Jarpa. También Manuel Feliú, dirigente de los empresarios, hizo un gran aporte porque estuvo abierto a entender los cambios laborales necesarios y entenderse con los trabajadores.

Por otra parte, Manuel Bustos como dirigente sindical ejerció un papel fundamental. Los trabajadores tenían motivos muy legítimos para haber sido más exigentes, pero comprendieron la situación y entendieron que se trataba de un proceso. En la izquierda, jugó un rol muy importante Clodomiro Almeyda, quien era del sector duro del Partido Socialista. Sirvió que teníamos una relación de amistad de jóvenes. En la formación de la Concertación, Almeyda fue un líder fundamental.

Hoy en día tenemos muchos desafíos, pero partimos desde un país reconciliado, donde las visiones ideológicas extremas que nos dividieron en esa época y que podrían habernos llevado a una guerra civil se han quedado en el pasado. Hoy día hay más respeto a las instituciones, pese al deterioro del prestigio de la política que se advierte. Es muy diferente de lo que vivimos en las décadas anteriores. Hoy hay también mayores libertades y más bienestar. Asimismo hay conciencia de que no queremos volver a vivir las divisiones que nos llevaron la ruptura de la democracia y que tuvieron un costo de dolor tan grande. La gente está mirando más al futuro que al pasado. La desigualdad que mencionaba al comienzo aún subsiste, aunque distinta, pero... ¿se irá a acabar algún día la desigualdad? Se puede ir aliviando, disminuyendo, que sea menor desigualdad, pero yo creo que es un sueño. Hay que lograr la mayor igualdad posible. Ese es otro proceso, el que corresponde a este tiempo; un desafío mayor para las nuevas generaciones.